

teres que hace soportar con resignación las persecuciones y las violencias.

Una actitud tan pasiva estimuló la audacia de revolucionarios atrevidos, sin tradiciones ni escrúpulos, que no piensan sino en el momento presente y no conciben otras fuentes de riqueza que el despojo de las fortunas penosamente adquiridas por otros. El fanatismo del mal se hace pronto muy poderoso cuando no se le opone el fanatismo del bien.

La juventud burguesa es todavía la aristocracia, porque la ciencia, la industria, la literatura y el arte continúan en sus manos, pero una aristocracia sin carácter acabará pronto. Muy refinada era la aristocracia romana al final del imperio, pero habiendo perdido toda energía moral, no supo resistir á la avidez de los bárbaros que poseían una voluntad fuerte.

Cuando las clases, antes directoras, se dejan dirigir se acercan á su fin.

A pesar de tantas apariencias en contrario, las luchas del porvenir no serán luchas económicas únicamente, sino también luchas de ideas, ó más bien de sentimientos engendrados por estas ideas.

Los sentimientos cuyo conjunto constituye el carácter de una nación, no cambian sino muy lentamente. Sin embargo, en el curso de los tiempos se les ha visto evolucionar varias veces. Así, por ejemplo, la educación, que continúa ejerciendo en Francia un papel tan perjudicial, ha conseguido, en menos de un siglo, dirigida por manos hábiles, transformar á Alemania. Los maestros de escuela no ganan las batallas, como se dice algunas veces, pero pueden crear la mentalidad que las hace perder. Modificar los sentimientos de un pueblo sería cambiar el curso de su historia.

CAPÍTULO VI

El fatalismo moderno y la disociación de las fatalidades.

Se presiente el destino de una generación por el estudio de las ideas directoras que orientan sus voluntades y determinan su conducta. Pero ¿dónde buscar estas ideas? No será seguramente en los actos de las multitudes, que poseen apetitos y no pensamientos. ¿Será en los intelectuales que escriben libros y pronuncian discursos? Estos no nos dan generalmente sino el reflejo de opiniones adoptadas para seducir á oyentes y lectores.

A pesar de la dificultad de apreciar claramente las ideas de una época, se puede formar una noción aproximada por la enseñanza de los maestros más ilustres.

Recientes discursos académicos, especialmente los de MM. Lavisse y Pierre Loti demuestran claramente las preocupaciones actuales de los maestros de la juventud.

Estos discursos no son consoladores, están dominados por un triste pesimismo. Lo que se lee en ellos, sobre todo, es la convicción de la inutilidad del esfuerzo, una resignación pasiva ante los acontecimientos, y la proclamación de la impotencia de la ciencia para aclarar los misterios que nos rodean. Un fatalismo sombrío invade en sus últimos años el alma de pensadores que, en la aurora de su actividad mental, estaban radiantes de esperanza.

Esta nota fatalista que hallamos en los profesores y académicos la encontramos igualmente en los hombres políticos actuales. Un expresidente de la república, M. Loubet, decía á un periodista: «La fuerza fatal de las cosas es superior á la voluntad de los hombres. Una lógica misteriosa nos gobierna». Pronto veremos de qué elementos se componen esta fuerza fatal y esta lógica misteriosa.

Entre los académicos que he citado, Pierre Loti se ha mostrado más triste. En un lenguaje armonioso repite la antigua lamentación del Eclesiastés, tantas veces repetida en el curso de los siglos.

M. Loti lamenta la impotencia de la ciencia, creadora, sin embargo, de todos los progresos civilizadores, y la echa en cara el no saber explicar nada:

No sabemos ni sabremos nunca nada; eso es lo único cierto. La verdadera ciencia no tiene ya esa pretensión de explicar que tenía ayer. Cada vez que un pobre cerebro humano de la vanguardia descubre el por qué de alguna cosa es como si consiguiese forzar una nueva puerta de hierro, pero para pasar á un callejón más lóbrego y más sombrío que condujera á otra puerta más gruesa y más terrible. Á medida que avanzamos, el misterio y la oscuridad son mayores y aumenta el horror... Entonces el «residuo» cristiano trata de protestar suavemente en el fondo de nuestras almas. Bien vemos que no es eso y que no es posible que sea eso; pero más allá del símbolo inefable—infinitamente más allá, en los confines de lo incomprendible—nos decimos que puede estar la verdad en la esperanza.

Desconfiado del poder explicativo de la ciencia, el célebre escritor no cree tampoco en la del esfuerzo para defenderse contra la amenaza de los acontecimientos. «No hay lucha posible—dice—

contra ese soplo moderno que se levanta para abatirlo todo, nivelándolo todo.»

Mucho dudo de esa nivelación, y admito, al contrario, una desnivelación creciente entre los individuos, y, por consiguiente, entre sus situaciones á medida que evoluciona la civilización. Ya he dado, hace tiempo, las razones psicológicas de esta diferenciación progresiva, de la que he hablado en un capítulo precedente. Con las complicaciones de la ciencia y de la técnica industrial, la distancia entre las mentalidades del sabio y del ignorante, entre las del ingeniero y del obrero, se acrecenta de día en día. Se igualarán más y más las apariencias, pero los hombres cada vez menos. El capitán que sabe leer en los astros la dirección que debe seguir su navío para evitar los escollos de los mares tenebrosos, no será nunca igual al oscuro marinero, irremisiblemente perdido, si queda entregado á sí mismo. Las desigualdades mentales son fatalidades irreductibles que ninguna violencia conseguirá borrar.

El pesimismo y el fatalismo de M. Lavissee no son menores que los de M. Loti. En el discurso de recepción de M. Poincaré en la Academia, comenzó por reprenderle por su semioptimismo, reprochándole el «uso de fórmulas algo pasadas». «Lo sentiría por vos y también por mí si creyérais que algunos principios antiguos y sencillos son suficientes para dirigir á los hombres en su política actual».

¿Cuáles serían entonces los nuevos principios directores? M. Lavissee no los indica, sin duda porque los ignora, pero los deja adivinar. Los fantasmas lejanos parecen siempre peligrosos.

El Estado y la sociedad—continúa el orador—están en peligro... Una democracia comienza por ser un conjunto

tumultuoso de instintos, de pasiones y de ideas. No sabe ni puede saber con exactitud lo que quiere, y nadie es capaz de proponer á sus oscuras voluntades el plan de la sociedad futura. Molestada é irritada por las instituciones, leyes y costumbres, ataca los fundamentos de la sociedad presente y todo se conmueve y parece inclinarse hacia la ruina.

... Un día todos los Estados del mundo tendrán que escoger entre los gastos militares y los gastos sociales. Ese día llegará, ya está muy cercano, y pondrá en presencia dos mundos, dos concepciones diferentes de la humanidad. Será el gran día.

El eminente profeta ¿está seguro de que sus temores no sean infundados? ¿Ha olvidado que los mismos problemas se presentaron bajo las mismas formas en todos los pueblos, en Atenas, en Róma y en Florencia, desde la antigüedad hasta nuestros días? Repetidos en formas casi idénticas, han tenido las mismas soluciones. La barbarie cambió á menudo de nombre, pero fué necesario sin cesar luchar contra la de dentro y la de fuera. Esta lucha constituye por otra parte uno de los factores del progreso. No es peligrosa sino cuando los defensores de un orden social establecido se resignan de antemano á la derrota. Vencidos entonces fatalmente, merecen el aniquilamiento con que termina su inútil existencia.

La heterogénea alianza de los pacifistas, de los socialistas y de los universitarios de raza latina, podrá acaso realizar en algún país el «gran día» de M. Lavissee, pero este día tendrá su siguiente, que verá el dominio inmediato y el saqueo del pueblo desarmado por vecinos ávidos de amontonar millones y suprimir la competencia de los vencidos.

Estas realidades desgraciadas están fundadas en

pasiones que los sueños humanitarios no podrán contener. Han gobernado hasta aquí al mundo y es de esperar que le gobiernen siempre.

Las tendencias fatalistas y pesimistas cuyos síntomas hemos indicado no se encuentran sólo en los discursos académicos, sino que invaden cada vez más nuestra enseñanza universitaria.

Los profesores pacíficos se convierten pronto en rebeldes, muchos se ponen ahora á la cabeza del socialismo revolucionario.

La lectura de sus obras demuestra qué mezcla de humanitarismo, de religiosidad y de envidia satura sus almas. Los escritos recientes de un profesor del colegio de Francia son típicos en este respecto. En su libro *Palabras del porvenir*, escrito en estilo apocalíptico, aprendemos que la libertad del obrero consiste en «reventar en un muladar como un perro ó en un hospital como un miserable que es. Tiene la libertad de morirse de hambre y de miseria.»

En cuanto á los ricos, el autor revela á sus lectores que no tienen otras ocupaciones que «orgías estúpidas é inmundas». Se debe despojarles de sus riquezas. «Librar á esos vagos de las miserias morales que engendra la extrema opulencia, sería hacerles un gran favor». Como se ve, es en los templos de la ciencia pura donde se educan hoy los futuros Marats.

Lucubraciones tan odiosas están completamente desprovistas de estilo y de verdad para ejercer la menor influencia en espíritus elevados. Pero no olvidemos que sus autores son los guías de la juventud. ¿Qué generación saldrá de las manos de tales maestros?

La resignación fatalista por un lado y por otro

la rebelión envidiosa parecen ser hoy las características dominantes de los educadores latinos.

La influencia del espíritu revolucionario sólo conduce á violencias efímeras, pero la del fatalismo es más duradera y por eso mismo más peligrosa. El fatalismo es la religión de los débiles incapaces de esfuerzo. Basado, en apariencia, en bases científicas, parece un monstruo temible, pero su fuerza es, sin embargo, ilusoria.

* *

El fatalismo es una herencia antigua, continuada por las religiones ó las filosofías. En la cumbre de las cosas, dominando á los dioses y á los hombres, los antiguos colocaban un poder soberano llamado destino. Sus decisiones eran inviolables. «Matarás á tu padre y te casarás con tu madre», había dicho el oráculo á Edipo, y éste, á pesar de sus esfuerzos, hubo de sufrir su destino.

Las religiones han perpetuado esta tradición. En la doctrina de la predestinación, en la que creen todavía algunas sectas protestantes y que era la base del jansenismo, Dios, desde el origen de las cosas, ha decretado que ciertas almas se salvarían y que otras se condenarían.

Si el determinismo de la ciencia moderna parece justificar su fatalismo atávico, es que confunde el fatalismo con el determinismo, cosas en realidad muy diferentes. El determinismo enseña que un fenómeno es la consecuencia rigurosa de ciertas causas anteriores. Se repite cuando las mismas causas se producen y sin que la voluntad de ningún ser superior pueda intervenir en este encadenamiento. Los antiguos habían divinizado todas las fuerzas naturales, porque como ignoraban su en-

granaje invariable, esperaban modificar su curso con súplicas. El determinismo consiste en desechar la intervención de seres superiores.

La definición de la fatalidad es muy distinta. Así como el determinismo escapa á nuestra acción, muchas fatalidades, en cambio, pueden ser dominadas por ella.

Dejemos á los metafísicos las discusiones sutiles sobre el libre arbitrio, puesto que el problema es filosóficamente insoluble. Colocándose en un punto de vista exclusivamente práctico, es fácil probar que la fatalidad no es á menudo más que la síntesis de nuestras ignorancias, que se desvanece en cuanto se disgregan los elementos que la componen.

* *

Tres clases distintas se pueden establecer en la gran familia de las fatalidades: 1.º Las fatalidades naturales, irreductibles. Tales son la vejez, los fenómenos metereológicos, el curso de los astros, etcétera. Lo más que podemos hacer es determinar sus leyes, preverlas, y algunas veces protegernos un poco contra ellas. 2.º Las fatalidades reductibles. Estas se desvanecen en cuanto los progresos de las ciencias permiten disociar sus elementos y atacarlos separadamente. Las grandes epidemias y el hambre que hacían morir antiguamente millones de hombres son ejemplos de fatalidades reductibles. 3.º Las fatalidades artificiales. Creadas por nosotros, estas fatalidades llenan la Historia. Difícil es luchar contra ellas, porque constituida una causa, sus efectos tienen un desarrollo necesario. Para dominarlos hay que saber oponer á la causa, que posee cierto peso, otra causa de un peso mayor. Así

es como generalmente los grandes hombres supieron vencer las fatalidades.

El examen somero de la influencia de la ciencia sobre los fenómenos considerados antes como destinos inexorables, enseña claramente de qué manera pueden ser disgregadas y aniquiladas ciertas fatalidades.

Hace cuarenta años era una fatalidad que todo amputado en un hospital de París, muriera al cabo de algunos días. Era igualmente una fatalidad el que los habitantes de diversos países fueran víctimas de plagas como el paludismo y la fiebre amarilla.

Hoy día, disociados los elementos de estas fatalidades, se han podido aniquilar. Los amputados perecían por la acción de ciertos microbios; en cuanto los métodos asépticos permitieron suprimir esta acción, las operaciones, mortales antes, resultaron inofensivas.

Lo mismo ocurrió con el paludismo y con la fiebre amarilla. En cuanto se supo que eran producidos por parásitos que introducían en los glóbulos de la sangre las picaduras de ciertos mosquitos, se encontró el medio de hacer desaparecer estas epidemias y la fatalidad comenzó á disociarse. No lo fué completamente hasta que, estudiando las condiciones de existencia de estos mosquitos, se descubrió que se reproducían solamente en los terrenos pantanosos. Desechados los pantanos, desaparecieron los mosquitos y al mismo tiempo las epidemias. Países como la Habana, en los cuales la permanencia era á menudo mortal, fueron habitables sin peligro alguno. La fatalidad había desaparecido.

La misma observación se aplica á la peste, que en ciertas ocasiones llegó á matar veinticinco millo-

nes de hombres. Hoy sabemos que es el resultado de un bacilo, producido por la mordedura de pulgas provenientes de los cadáveres de ratas apesadas. Lo mismo sucede con la enfermedad del sueño que despoblaba diversas regiones de Africa, etc.

Podrían citarse innumerables casos semejantes. Los holandeses supieron evitar, con un esfuerzo enérgico, la fatalidad de las inundaciones con que les amenazaba el mar. Prusia trasformó las arenas de Pomerania y los turbales de Brandeburgo en magníficos bosques y campos fértiles. Todos estos dominadores de la Naturaleza han luchado contra fatalidades y las han vencido, porque se negaron á resignarse.

• •

Lo que acabamos de decir de la disgregación de ciertas fatalidades naturales puede aplicarse igualmente á las fatalidades históricas. Aunque de mucho arraigo á veces, cuando se derivan de la raza y del pasado de un pueblo, no se sustraen á la ley de la desaparición cuando se disocian sus elementos. Precisamente su fuerza está en nuestra ignorancia sobre la naturaleza de los elementos de que se compone.

Cada página de la Historia comprueba estas afirmaciones. Considérese un acontecimiento importante, por ejemplo, la guerra de 1870; analícese todos sus factores psicológicos inmediatos y sobre todo lejanos, y pronto se descubrirá que nuestra derrota fué inevitable, puesto que los diversos elementos que la hicieron tal, habrían podido ser anulados sucesivamente por inteligencias superiores, antes de que su acumulación produjera esos resultados decisivos.

Los errores de psicología presentes y la incapacidad de previsión para el porvenir son siempre el origen de fatalidades ruinosas que pesan después sobre varias generaciones. ¡Cuántas fatalidades crearon los ciegos consejeros del soberano que presidía nuestros destinos hace cincuenta años! Errores análogos, la ausencia completa del espíritu de observación y una ignorancia inconcebible de la psicología de los japoneses engendraron las derrotas de los rusos, que tal vez traigan como consecuencia transformar el porvenir de Europa.

Las fatalidades artificiales que nos rodean son innumerables. Por ejemplo, el alcoholismo. Sabemos hasta qué punto nos invade y que, cerca de la cuarta parte de los reclutas son eliminados á causa de defectos hereditarios debidos á padres alcohólicos. Sobre esta fatalidad tenemos poca influencia. Por otra parte, el Estado, está casi obligado á fomentarla, so pena de provocar un enorme déficit en su presupuesto.

Todas estas fatalidades que creamos sin cesar acaban por hacerse tan poderosas que resulta casi imposible disociarlas.

Un libro reciente de M. Cruppi, ex ministro de Comercio, nos da un excelente ejemplo de ello. Se ve en él cómo un ministro, en apariencia todopoderoso, puede ser impotente para reformar nada en su ministerio, y se halla obligado á sufrir la anarquía que encuentra. El autor nos revela el desorden prodigioso de los servicios administrativos que esperaba vanamente poder dirigir, disputas perpetuas de los empleados, confusiones de responsabilidades, falta de unidad en el mando, organismos anticuados, etc.

Durante los dos años que ejerció su cargo, este

ministro no realizó ninguna modificación útil, y ya se ve en su libro que no ha comprendido muy claramente los motivos de su impotencia, puesto que el único remedio que propone es el de «cambiar la moral misma de la democracia por la reforma electoral». Para poder combatir las fuerzas reales que gobiernan las cosas, es necesario conocerlas mejor.

Las fatalidades sentimentales son acaso las más temibles de todas por sus consecuencias. Por eso el humanitarismo, forma inferior del cristianismo, se convierte en una de las plagas de la Francia moderna; corroe sin descanso las bases del edificio social. Es por humanitarismo tan sólo por lo que hemos creado tantas leyes engendradoras de revoluciones temibles. Por humanitarismo también se introdujeron los apaches en el ejército á riesgo de desorganizarle. Por humanitarismo, en fin, reservamos á esos apaches cárceles bien calientes, con todas las comodidades modernas, muy superiores á las que puede tener la casa de un obrero.

Gracias á los humanitarios, los asesinos se multiplican en proporciones alarmantes. En algunos años el número de asesinatos se ha triplicado. Ha sido necesaria una explosión de indignación pública para decidir al Gobierno á dejar guillotinar á asesinos que habían quemado sus víctimas á fuego lento. Cuando la funesta raza de los filántropos se abate sobre un pueblo, se avecinan las grandes catástrofes. Sabido es que pululaban en visperas de la Revolución. ¡Qué invocaciones al Ser Supremo, qué llamamientos emocionantes á la Fraternidad antes de las matanzas de Septiembre y la permanencia de la guillotina!

El último término de la evolución del humanitarismo fueron siempre sangrientas hecatombes. Hay

que temer la peste, pero mucho más á los flántropos. Las sociedades no tuvieron nunca peores enemigos. El flántropo no es de ningún modo un hombre de progreso, sino el que destruye todas las iniciativas y dificulta todo progreso.

* * *

La utilidad de los conocimientos psicológicos para disgregar las fatalidades es evidente. Uno de nuestros más eminentes ministros de Negocios Extranjeros, M. Hanotaux, consultado recientemente por mí sobre este punto, me decía que no creía hubiese conocimiento más necesario para el hombre de Estado, y que haya tenido que emplear más á menudo durante su larga carrera.

La psicología no sólo enseña á combatir con éxito las fatalidades que dificultan á todas horas la vida de los pueblos, sino que enseña también á conducir á los hombres y á dirigir los acontecimientos.

Los grandes hombres de Estado, Richelieu, Cavour, Bismarck y el rey Eduardo supieron, no sólo gobernar, sino disociar y destruir los elementos cuyo conjunto forma las fatalidades de la Historia.

Todos estos espíritus eminentes, manejaron con una precisión maravillosa los factores psicológicos que nos gobiernan. Comprendieron también la misión de las necesidades sociales, religiosas y económicas que surgen en cada época y de las que no podemos ser dueños. Separar las fatalidades inevitables de las que no lo son y no desgastarse en luchas inútiles es uno de los puntos fundamentales de la psicología política.

En efecto, no se pueden destruir las fatalidades creadas por condiciones exteriores independientes de nuestra voluntad; pero el hombre superior las utiliza como utiliza el marino el viento, á pesar de su dirección. Así, por ejemplo, ante el problema de la sobreproducción y de las competencias ruinosas que engendra, los alemanes, en lugar de luchar contra las fatalidades económicas, las han utilizado mediante la creación de esos sindicatos de producción llamados «cartells», que impiden la competencia y la sobreproducción. Incapaces de comprender las necesidades irreductibles de la competencia industrial, combatimos por leyes draconianas esos sindicatos, que Alemania, al contrario, ayuda cuanto puede. Clarividencia de una parte, ceguera de otra.

Cuando, por incapacidad para utilizar las fatalidades engendradas por las leyes naturales se trata de resistirlas, resultan calamidades cuyas consecuencias sufren durante mucho tiempo las generaciones futuras. Cada fatalidad artificialmente creada implica, en efecto, un desarrollo necesario. Hemos citado la guerra de 1870. Muchos franceses la han olvidado, hasta el punto de que un profesor de la Escuela Normal Superior decía recientemente en *Le Temps* que ciertos candidatos á esa Escuela la ignoraban completamente. Y, sin embargo, estamos tan influídos por ella, que sus consecuencias continúan rigiendo á Europa. Tan sólo desde el punto de vista de las incidencias financieras pagamos todavía 450 millones anuales, renta de los 15.000 millones que esta guerra ha costado. Entre las demás consecuencias de nuestra derrota figura la de que para evitar el ataque con que nos amenazan desde hace cuarenta años nuestros vecinos vic-

toriosos, hemos gastado en armamentos, según los cálculos de M. Cochéry, 53.000 millones.

Es evidente lo dañosa que es la imprevisión de los hombres de Estado, y qué preciosos son para un país los grandes hombres políticos que saben en el presente leer algo del porvenir y evitar fatalidades, pero desgraciadamente esos hombres abundan poco.

Desde el desarrollo del parlamentarismo la mayoría de los hombres políticos consideran que la política es sencillamente el arte de hablar bien y de preocuparse poco de pensar bien. Seducir al auditorio por el uso de fórmulas sonoras constituye, sin embargo, un éxito efímero.

Acostumbrado á considerar las palabras como realidades, el gran orador es frecuentemente un mediano hombre de Estado. No es necesario, en efecto, para discurrir elegantemente, poseer ese conocimiento de los hombres y de las cosas que permite decisiones justas, enérgicas y rápidas, ni esa continuidad de esfuerzo, generadora de los éxitos duraderos.

Para el orador político, obligado á satisfacer las necesidades de explicaciones de un público poco capaz de reflexionar, los acontecimientos son engendrados por causas muy sencillas, y parecen evidentes.

La verdad, sin embargo, es muy distinta. No es por la evidencia, lo inmediato, lo claro y lo sencillo, por lo que se explican los fenómenos históricos. Al contrario, son creados por lo lejano y lo complejo.

Por eso, la facultad de prever las consecuencias de sus actos escapa tan á menudo á los hombres de Estado actuales. Si no toman constante-

mente sus ideas como hechos, creen que sus ideas modificarán los hechos y viven demasiado en la hora presente para poder prever la del porvenir.

Ahora bien, el hombre de Estado incapaz de previsión es, repito, un creador de fatalidades desastrosas. Si Inglaterra se encuentra actualmente frente á las inmensas dificultades que supone la necesidad de aumentar considerablemente sus impuestos para aumentar su flota y luchar contra la supremacía amenazadora de Alemania, es porque hace cuarenta años sus gobernantes no supieron prever nada. Para satisfacer odios, que un verdadero hombre político debía ignorar, se negó después de la guerra franco-alemana á favorecer un Congreso que hubiera limitado las pretensiones de Alemania y cambiado el porvenir. El temor de verse constituido ese Congreso era la pesadilla de Bismarck. En ello pensaba día y noche, según dice en sus memorias. Este gran psicólogo comprendía que tal Congreso hubiera servido para regatear el precio de las victorias. Es precisamente lo que hizo el Congreso de Berlín algunos años más tarde, que obligó á los rusos vencedores de los turcos á renunciar á los terrenos que ambicionaban.

En efecto, y á pesar de nuestras derrotas, un Congreso no hubiera dejado perturbar completamente el equilibrio de Europa en favor de una sola potencia. Inglaterra, Austria y Rusia ¿no tenían interés evidente en no permitir que se formara un Estado preponderante en el centro de Europa? Los hombres de Estado ingleses expían ahora las faltas de previsión cometidas entonces.

El destino de los pueblos latinos es muy incierto hoy día, porque los políticos no tienen en ellos sino una vida muy efímera, y viven al día sin pre-

ocuparse del porvenir. Una política que sólo se preocupa del momento actual, es de orden inferior y está condenada á sufrir los golpes de todas las fatalidades. En política, como en industria, el éxito es de los previsores.

La historia reciente de Bélgica da de ello un ejemplo. Hace cuarenta años, África era casi desconocida, y algunos exploradores atrevidos comenzaban á penas á revelarla. Un rey joven, dotado de una visión lejana, comprendió que Asia no era para Europa y que el porvenir de los europeos estaba en África. Entonces, casi sin recursos, á pesar de la oposición y la mala voluntad de sus súbditos, comenzó en el centro del continente africano la fundación de un imperio que, agrandado progresivamente, ocupa ahora una superficie como la mitad de Rusia. Finalmente, se ha convertido en una fuente de riqueza tal para Bélgica, que este pequeño país figurará entre las mayores potencias económicas del mundo.

* * *

El lector que nos ha seguido, tendrá ahora de la fatalidad una idea muy distinta de la que dan los libros. Considerada como lo hemos hecho, pierde su poder inexorable y misterioso. Muchas fatalidades naturales son fuerzas que debemos vencer. Las que han sido engendradas por la imprevisión de los antecesores son destructibles por la voluntad.

Desgraciadamente, no cesamos de crear fatalidades artificiales, cuyas consecuencias pesarán duramente sobre nuestros descendientes. ¿Acaso se predica inútilmente el antipatriotismo, el antimilitarismo y la anarquía, en vano soportamos las sublevaciones de los empleados, en vano amontonamos

leyes más y más opresivas para la industria, y en vano los maestros de la Universidad dan una educación cuyo nivel moral y técnico se reduce cada día? ¿Infiltran impunemente en el alma de la juventud con el odio á las superioridades, creadoras, sin embargo, del poder de un pueblo, la indiferencia para todas las grandes causas, la resignación sombría, el espíritu de negación, la ausencia de moral directora capaz de orientar las voluntades?

Como consecuencia de todo esto, descendemos rápidamente, mientras que Alemania, guiada por otros maestros, no cesa de crecer. Por medio de la educación, que no hemos sabido manejar, ella ha logrado disgregar fatalidades sufridas durante siglos.

Es muy peligroso para un pueblo entrar en el camino cuyo único término es el desorden y las revoluciones. Ahora bien, esta vía tan peligrosa la seguimos cada día más. Crear privilegios para la incapacidad y el desorden, perseguir sañudamente las aristocracias intentando practicar la igualdad por abajo, perseguir las creencias, hacer leyes vejatorias para apoderarse de las fortunas que forma el trabajo, desconocer las necesidades naturales y excitar sin cesar el odio y la envidia, tal es la misión de los agitadores populares. Todas sus tentativas constituyen una obra de demagogos que no debía sufrir un gran pueblo.

Y mientras que se acumulan tantas causas de decadencia, dejamos desarrollarse un ejército de revolucionarios fanáticos, sin tradiciones, sin principios, sin escrúpulos ni otro ideal que la violencia de sus apetitos y una intensa necesidad de destrucción. Sólo les oponemos nuestras incertidum-

bres, nuestra indiferencia y nuestra resignación fatalista.

Á medida que amenazan cedemos cada vez más. Como no creemos ya en nada, no sabemos defender nada. De un lado debilidad cada día mayor y de otro poder creciente. La balanza oscila todavía un poco en el sentido del orden, pero pronto ya no oscilará.

Si este libro ha ilustrado á algunos espíritus, el gran trabajo que ha exigido no será perdido.

La mayoría de las veces sólo he dicho verdades evidentes, que con un poco de reflexión todos hubieran podido enunciar. Los pueblos que nos seguían antes y que hoy nos preceden las conocen muy bien. Todos sus guías las proclaman. Se hallarán en el discurso pronunciado en la Sorbonne por uno de los más ilustres presidentes de los Estados Unidos, Mr. Roosevelt. También él ha demostrado lo absurdo de las doctrinas teóricas igualitarias, el peligro de las doctrinas socialistas, la superioridad del carácter sobre la inteligencia y otras muchas verdades. He aquí algunos extractos de su magistral lección:

... No hay que olvidar que ninguna agudeza ó sutileza de la inteligencia, ninguna educación ni ninguna habilidad podría compensar la falta de las grandes cualidades fundamentales de carácter. El dominio de sí mismo, el poder de vencerse, el sentido común, la facultad de aceptar la responsabilidad individual y obrar, sin embargo, en unión de los demás, el valor y la resolución, son las cualidades por las que se reconoce á un pueblo fuerte. Sin ellas ningún pueblo puede regirse por sí mismo ni evitar el ser regido por otros.

Me inclino ante la inteligencia, pero afirmo que más importantes todavía son los cualidades comunes y las virtudes diarias.

... Es inútil exagerar el efecto funesto sobre cualquier raza de la adopción de un sistema lógico de socialismo llevado hasta el extremo. No podría originar más que destrucción, y produciría mayores males y mayor injusticia é inmoralidad que ningún sistema actual.

... Debemos resistirnos tanto á practicar una mentira como á decirla. No podremos declarar que los hombres son iguales cuando no lo son de hecho, ni obrar considerando real una igualdad que no existe.

... Muchas repúblicas ha habido en la Historia. Todas cayeron, y el primer factor de su ruina fué que los partidos tendían á dividirse según la línea de la división de la riqueza y de la pobreza. Poco importa qué partido haya conseguido deminar al otro, ni bajo qué régimen cayó la república, si bajo la oligarquía ó el populacho. En uno y otro caso, cuando la fidelidad á una clase reemplazó á la fidelidad á la república, el fin de ésta se aproximaba.

Son cosas éstas que no he cesado de repetir desde hace años, pero que hay que volver sobre ellas constantemente. Sólo la repetición podrá hacerlas entrar en el espíritu. Las ideas se imponen raramente por la demostración de su exactitud, y sólo logran dominar después de haber invadido esas regiones profundas del espíritu donde se elaboran los móviles de nuestros actos.